

cularidad en que debe la mente fijarse para distinguir con claridad y apreciar con exactitud los hechos varios de tan triste como confusa época; pues unos historiadores cuentan dos y otros historiadores cuentan una sola Teodora. La que inició esta dictadura del amor tenía por ejército la juventud romana, tanto militar como eclesiástica; y por residencia la tumba de Adriano, convertida hoy en fortaleza y llamada castillo de San Angello. Digna tumba de un César. El Tíber lame sus fundamentos y parece aquí un río del Averno, según lo triste y oscuro, un río de lágrimas. Soberbio puente de cinco arcos, ligeramente recompuesto, conduce á su triunfal entrada, la cual, según lo soberbia, parece conducir al campo de la victoria y no al campo de la rota común á todos los mortales, y no á los silenciosos dominios de la muerte. En los tiempos que historiamos, era ya, como hoy, una fortaleza circular, dominando á Roma por su imponente magnitud, columna colosal desde lejos, y desde cerca verdadero seguro y presidio aparejado á la defensa de un gran pueblo. Inmensos jardines, dignos de Nínive ó de Babilonia, lo adornaban; áurea verja rematada á trechos por pavos reales en bronce lo circuián; inmensas bases descubiertas al aire, de doscientos cincuenta piés de altura, lo sustentaban; mármoles de Páros, cortados entre los mejores y mas esplendentes, lo revestían; guirnalda cincelada en piedra entre las cuales resaltaban bajos relieves griegos de singular hermosura y los nombres en oro de los emperadores allí enterrados, lo cubrían por el basamento; esculturas de todos géneros, desde grupos colosales hasta efigies aisladas lo poblaban de abajo arriba; formidable rotonda de grandiosas y armoniosísimas proporciones, cuyo diámetro era de doscientos piés, lo componía; y estatua gigantesca del César fundador lo remataba, presidiendo coros de otras estatuas mas chicas y no menos bellas, como Apolo presidía las musas, elevándose en lo alto con su corona de rayos por las sienes, como si en vez de pertenecer á los gusanos del barro en su sepulcro, perteneciera en su apoteosis á los astros del firmamento. Las bárbaras guerras de los siglos cuarto y quinto no respetaron tanta hermosura y el mausoleo mayor de Roma se convirtió en su mayor fortaleza. Los siglos noveno y décimo son los siglos feudales por excelencia, y en estos siglos quien sabía manejar las armas con destreza y apoderarse de las alturas con audacia reinaba por necesidad. La primer Teodora tuvo el castillo, y en el castillo

mesnaderos decididos; por ende tuvo á Roma, y con Roma, la sede religiosa. Su hija Teodora colocó en ella á Juan X, y Juan X desmintió su origen nefando con su proceder sublime, como esos vapores acuosos que se elevan de un lodazal á los aires, barro inmundo aquí mientras allá puro y celestial rocío. No puede olvidar la historia, no, que si los brazos de una mujer le elevaron al solio, sus propios brazos defendieron y salvaron de los sarracenos á Italia.

Pero el abismo atrae. Todo mal se exagera y todo vicio se recrudece al trascurso del tiempo como al trascurso del tiempo se gangrena el cáncer no extirpado. A la primera Teodora que fundó este dominio material de las mujeres, sucedió la segunda Teodora que exaltó al trono por su arbitrario capricho y por su incontrastable poder á Juan X. Pues á Teodora sucedió Marozia, como á Livia, criminal, pero no voluptuosa, sucedieran Mesalina, Fausta, y otras imperiales prostitutas. Si Marozia tuvo igual hermosura, no tuvo ánimo igual ni entendimiento parecido al ánimo y al entendimiento de Teodora. El vicio en ella lo dominaba todo. Y como lo dominaba todo el vicio, movíase la voluntad en pos del placer; y el placer se sujetaba esclavo á los hervores de la sangre, y los hervores de la sangre, si no le oscurecían la vista externa, la vista del cuerpo, le cegaban la vista interior, los ojos del alma, la conciencia. No dañó la Helena griega á la ciudad de Troya como la romana Marozia al Papa y al Pontificado; ni Circe en los mares itálicos guardó sirtes tan temibles como Marozia en la política romana. El trono pontificio se trocó en el lecho de su lujuria. Devorada por la lubricidad, devorábalo todo en torno suyo. Era su amor un fuego que consumía y que manchaba al mismo tiempo. Mataba á sus amantes de placer y quería tanto á sus hijos que se los hubiera comido, como las gatas, aquella tigre. Esposa de un Camerino primero, esposa de un Guido de Toscana despues, esposa de Hugo, rey de Italia, por último, en todos sus matrimonios solo buscó el poder para sí ó para sus hijos, cuando la edad y los achaques no le permitían ejercer la antigua omnipotencia sobre sus rendidos amantes. Así armó á sus partidarios, los condujo al palacio de Letran, los amotinó, les hizo entrar con grave desacato, y apoderándose del Papa de Teodora lo redujo á prision y en la prision lo mató, asfixiándolo bajo una almohada, para que le sucediese el Papa de Marozia. Por uno de sus hijos,

Alberico, tenia el poder político y el patriciado romano; por otro mas jóven queria tener la autoridad religiosa y el Pontificado. Así, muerto á sus manos Juan X, dejó nombrar otros Papas, á fin de que su cachorro creciera, y tuviese edad de ceñirse la tiara, y en cuanto la tuvo, desasióse del Papa que precedia inmediatamente á su hijo por el medio mas natural á su perversa complexion, por el asesinato. Y pudo elevarse como una verdadera Papisa en la historia, con la espada del patriciado que empuñaba su hijo Alberico en las manos y con la tiara pontificia que ceñia su hijo Juan XI en la cabeza.

No debe extrañarnos que algunos historiadores hayan creído encontrar dos Teodoras en este tiempo; que estos hayan hecho á la nominadora de Juan X, hermana, y aquellos madre de Marozia, pues, habiendo existido dos Papas entre Juan X y Juan XI, á saber, Leon VI y Estéban VII, Luitprando, historiador contemporáneo, no los menciona para nada, cual si no hubieran existido, y coloca inmediatamente despues del Papa de Teodora el Papa de Marozia. Hijo Juan XI de esta proterva mujer y del Pontífice Sergio III, necesitaba como casi todos los reyes sacerdotales, para tener en respeto al pueblo, muy enamorado de la antigua república, un protector extranjero y una extranjera guarnicion. Así es que, empeñada su madre, la cual, por espacio de veinte años tuvo en su tocador de mujer, entre sus joyeles y adornos la tiara de San Pedro, empeñada en sus ambiciones, recrudecidas, segun iban extinguiéndose sus amores, ofreció su mano libre por la muerte de Guido de Toscana, á Hugo, que se decia y consideraba rey de Italia. Era este claro de inteligencia, perverso de voluntad, traidor por naturaleza; en el engaño ducho, en el fingimiento experto; disoluto como un epicúreo de los peores tiempos; temerario mas que valiente; sin conciencia en ninguna de sus acciones; y despues de haber cometido todos los crímenes sin remordimientos. Vendia los obispados, gangrenaba la Iglesia, é iba por el mundo, seguido de un serrallo, á cuyas odaliscas, hermosas y nobles mujeres caidas en sus manos por la seduccion ó por la fuerza, las decoraba con los nombres de las antiguas diosas mitológicas y las hacia servir por sus caballeros y por sus eclesiásticos. Su matrimonio con Marozia resultaba imposible, segun las leyes canónicas del tiempo, á causa de haber estado anteriormente casada la patricia romana con el hermano uterino de Hugo. Y á fin de cohonestarlo ante la conciencia pú-

blica, porque logrado lo tenia, con ser el propio hijastro Papa, no vaciló en declarar supuestos á los hijos todos de su madre Berta. Y como Lamberto, hermano suyo, quisiese volver por la honra vulnerada de la madre de todos, y lo desafiase, obedeciendo las usanzas del tiempo, á mortal combate, despues de haber salido victorioso de otras pruebas de Dios invocadas por igual motivo, lo llamó á sí con astucia, y lo aprisionó con crueldad. Libre ya de todos estos obstáculos, uniéronse el que se llamaba rey de Italia y la que se llamaba senadora de Roma, y era en realidad árbitra de los Pontífices. Un ejército de soldados feudales, en su mayoría borgoñones, acompañó al rey hasta las puertas de Roma; otro ejército de gentiles-hombres, de caballeros semi-reyes, de patricios romanos, de señores latinos, de obispos y cardenales, le acompañó por las calles; en un sarcófago, en la mole adriana, le esperaba su prometida; y Juan XI, Padre Santo del mundo é hijastro deshonorado del rey, bendijo y consagró aquel anti-canónico y escandaloso matrimonio, entre fiestas dignas del antiguo Imperio romano. Pero no pudo durar mucho tiempo en paz tanto crimen. Alberico, jóven hijo de Marozia, y acostumbrado al gobierno de Roma, no podia tolerar que le usurpasen poder y honor á una, hermano, padrastro y madre. Y esta, desconociendo el natural de su hijo, las ideas que latian en su mente, las pasiones que tronaban en su pecho, quiso convertirlo ¡á él, patricio de Roma! en paje de un rey. Un dia que le sirviera el lavamanos, como tal, mojóle de piés á cabeza; y el rey, resentido ya de antiguo con su hijastro y penetrado de que le miraba de mal ojo, dióle un bofeton. Alberico siente el golpe en el rostro, la injuria en el alma, la ira despertada por la injuria en el pecho, la sangre ardiente al soplo de la ira; y corre ciego al pueblo, y le habla con la elocuencia de los tribunos y le mueve con la resolucion de los héroes y lo tumultua con el ardor de los revolucionarios y lo arma con la presteza de los guerrilleros y lo conduce con la estrategia de los generales hasta que asalta el castillo y expulsa á Hugo, el cual se pone en cobro por los muros de la ciudad leonina y aprisiona á su madre Marozia y á su hermano Juan XI hasta presentar á los ojos maravillados del pueblo, entre los gritos del universal regocijo y los repiques de las gruesas campanas, la sombra inmortal de la antigua Roma y de la antigua República unidas en esta florida pascua de una resurreccion política.

La familia de las Teodoras y de las Marozias representaba el patriciado temporal, indígena, laico, en oposicion al patriciado espiritual, extranjero, eclesiástico. Mas, á causa de haber Marozia tenido un hijo Papa y dos esposos extranjeros, desmintió este ministerio de su raza; y cayó por tanto á los golpes y á los anatemas de sus propias gentes. La victoria de Alberico expresa la reaccion contra el poder temporal de los Pontífices; y el establecimiento de una República, no democrática y tribunicia como la existente en el mas glorioso período de la Roma antigua, sino patricia, feudal, y nobiliaria, mandada por un cónsul parecido á un monarca y sostenida por el poder material de las armas. Así Alberico se llama Príncipe romano; bate moneda con su efigie; traslada los tribunales de justicia desde el palacio de Letran á la Vía Lata, donde moraba despues de haber abandonado su residencia en el Aventino; y manda y dirige un ejército, poseyendo de esta suerte todos los atributos esenciales á la soberanía y contrastando el poder temporal de los Pontífices fundado sobre las donaciones carlovingias. Los romanos creian este régimen, patricio y laico, en mayor consonancia con sus tradiciones y con sus virtudes que el régimen eclesiástico. Y no le achacaban ningun género de usurpacion, diciendo, por lo contrario, cómo en las donaciones francas nunca entró la ciudad de Roma, libre, independiente, autónoma, y que podia de su grado ó no darse y negarse á los Papas, reduciéndolos, si le placia por acaso, al puro espiritual ministerio. Y tanto representaba este sentir de su ciudad Alberico, que, mientras viviera su propio hermano Juan XI, túvolo sujeto á su autoridad política y celado sigilosamente, no dejándole medio alguno de desconocerla y contrastarla. Muerto él, buscó para sucederle, no fuerte varon de ánimo entero y de experiencia política, cual aquel grande Juan X nombrado por Teodora, sino monje de salud escasa, de complexion débil, de voluntad inerte, de pensamiento místico, de aspiracion á la muerte; envuelto como en una mortaja en su hábito de monje; y decidido á esperar el último juicio á manera de alma cristiana en las llamas del purgatorio y de Patriarca bíblico en el seno de Abraham. Dos grandes ideas señalaba con este nombramiento Alberico; primera, la separacion del poder temporal y el poder espiritual; segunda, la necesidad de que los jefes de la Iglesia mirasen al cielo y no á la tierra. Llamóse Leon VII este monje, y reinó desde el año 936 hasta el año 939; y en este corto

trienio, solo se acordó de reformar las órdenes monásticas y de obedecer ciegamente al autor de su alta dignidad religiosa. Sucédele Estéban VIII, que pasa tambien por el trono como una sombra, y desaparece prontamente, medio enterrado vivo en la aridez de un tristísimo yermo. Muere Estéban VIII en 942, al trienio tambien de su exaltacion al trono, y le sucede nuevamente Marino II, que reina tres años tambien, y que aparece como la sombra de Alberico proyectada sobre el trono de San Pedro. Por esta suerte, el patriciado romano, laico, feudal, dirigia la conciencia de la Europa católica con sus capellanes mayores ó sean los siete ú ocho Papas debidos á la designacion de Teodora, Marozia y Alberico. Por fin, cuando este, concluidas las guerras con Hugo su padraastro, parecia mas fuerte, mas poderoso, en seguridad mayor de su política, y en completo predominio sobre Roma, apareció el Papa Agapito II, de ánimo elevado, de inteligencia clara, muy adicto á una idea política y muy resuelto con resolucion deliberadísima y concienzuda, en aquella servidumbre, á pedir proteccion á un magnate poderoso y lejano, que le diese su fuerza, y que no le molestase con su presencia, apelando así á los alemanes, como sus antecesores apelaran á los godos, á los griegos, á los francos. Y hé aquí explicado cómo entra en escena, al mediar el siglo décimo, la gran fuerza política llamada Imperio aleman, que dividida y disgregada del Imperio carlovingio, venia por este tiempo, rebasando los Alpes, á poseisionarse de la direccion política de toda Europa, merced á los conjuros de la Iglesia.

Nótese el carácter propio de la autoridad pontificia. Por su lado espiritual tenia que ser esencialmente cosmopolita y por su lado temporal tenia que ser esencialmente italiana. Señora del espíritu la Roma católica, llamaba necesariamente á su regazo á todos los hombres, sin distincion de familia, de raza ni de naciones; y señora tambien de un territorio reducido y limitado á las necesidades de la política diaria, debia combatir como reina á los mismos á quienes debia amar y bendecir como madre. En los tiempos feudales, tiempos de guerra, el poder político de los Papas sosteníase por la fuerza y amparábase tras el seguro de las armas. No consentia tal cosa la naturaleza del poder espiritual; y de aquí una contradiccion permanente ó un conflicto perpetuo entre los deberes del Pontífice y los deberes del Rey. Así todos los príncipes